

DIA OCHO.

La Natividad de la Santísima Virgen María, y San Adrian, mártir.

LA NATIVIDAD DE MARIA.

El año cinco mil ciento ochenta y tres de la creación del mundo: el año dos mil novecientos cuarenta y uno del diluvio universal: el mil novecientos noventa y nueve del nacimiento de Abraham: el mil cuatrocientos noventa y cuatro de la salida de Moises y del pueblo de Israel del cautiverio de Egipto, y mil diez y seis despues que David fué ungido y consagrado rey: hácia la semana sesenta y cinco, segunda de la profecía de Daniel: en la Olimpiada ciento y noventa: el año setecientos treinta y tres de la fundacion de Roma, y vigésimo sexto del imperio de Octaviano Augusto; en la sexta edad del mundo, la bienaventurada Virgen María, predestinada por los decretos eternos para ser Madre del Verbo Encarnado, habiendo sido concebida sin la mancha del pecado original por singular privilegio, á los nueve meses de su immaculada concepcion, nació en Nazareth, ciudad de Galilea, á treinta leguas de Jerusalem, el día 8 de Setiembre.

Hasta entónces no habia visto el mundo nacimiento mas recomendable, así por la nobleza de la sangre y circunstancias de sus padres, como por la santidad y por el mérito de aquella tierna niña que nacia para consuelo de todo el universo, y para admiracion de toda la corte celestial. Su padre San Joaquin era de sangre real, hijo de Barpanther, y descendiente de David por Nathan. Su madre Santa Ana era hija de Mathan, sacerdote de Belen, de la tribu de Levi y de la familia de Aaron; de manera que en la persona de su hija María se hallaban dichosamente unidas la sangre real y la familia sacerdotal. Estos dichosos padres de la hija mas santa y esclarecida que vió jamas el mundo, eran, dice Santa Brígida, como dos astros resplandecientes, que aunque cubiertos con las nubes de una vida oscura y abatida, destlumbra su claridad á los mismos ángeles, por su piedad, su pureza y todas sus heroicas virtudes. Ellos vivian casi siempre en dulce y sosegado retiro, ocupándose en la oracion y suspirando por la venida del Mesias prometido.



La Natividad de Virg. Sta.



S. Adrian Mártir.



S. George Mártir.



S. Nicolás Valentino Confesor.

Habia años que vivian en este órden y disfrutando de esta quieta paz, cuando quiso el Señor que saliese aquel misterioso retoño de la vara de Jessé, de que habla el profeta Isaias, y que amaneciese aquella Aurora, tan deseada, que habia de proceder en breve tiempo al Divino Sol de Justicia, el suspirado Mesias. Es opinion comun, que ya San Joaquin y Santa Ana iban declinando á la vejez, sin haber tenido sucesion y sin esperanza de tenerla, cuando reveló el Señor á los dos Santos Esposos, que tendrian una hija, que habia de ser bendita entre todas las mugeres, y tener parte en el misterio de la redencion. Verificóse, en efecto, esta magnífica promesa, naciendo de estos benditos padres la divina María, no sin milagro, dice San Juan Damasceno, por la esterilidad de su Madre; cuyo defecto, si bien habia servido ántes para humillacion de los Santos Esposos, sirvió despues para gloria de Dios, que se los quitó con el alto fin de ilustrar la concepcion y nacimiento de la que iba á elevar á la maternidad divina. Conforme á lo cual pregunta el mismo santo padre: "¿Por qué nació la Virgen de madre estéril?" Y responde: "Porque era conveniente que una cosa tan nueva y nunca vista debajo del sol, naciese tambien por un camino extraordinario, y que naciera milagrosamente la que ella misma era el mayor milagro."

Fácilmente se deja comprender el gozo de aquel afortunado padre y de aquella dichosa Madre en el momento en que nació su bienaventurada hija. Alumbraos con cierta luz sobrenatural, desde luego conocieron que Dios la habia criado oniamente para sí, y que ellos no eran mas que los depositarios de aquel tesoro. El milagroso nacimiento de aquella niña fué para ellos presagio cierto de su mérito y de su excelencia. ¡Oh, dichosos padres, exclama el Damasceno, que disteis á luz una Virgen, que será Madre de Dios sin dejar de ser hija vuestra! Justo es que los fieles bendigamos el santo matrimonio de Joaquin y de Ana, y que celebremos con exquisito júbilo el fruto de bendiccion que dichosamente produjo; pues en su nacimiento, dice San Ildefonso, comenzó en cierta manera el nacimiento de Jesucristo.

Algunos dias despues que Santa Ana se levantó del parto, fué llevada al templo la Santa niña, donde precediendo las oraciones acostumbraas se la impuso el nombre de María; asegurando San Ambrosio, San Bernardo y otros muchos Santos Padres, que este nombre se la dió por el mismo cielo, revelándosele el Señor á San

ta Ana y á San Joaquin, como el mas propio para explicar la grandeza, la dignidad y la excelencia de aquella bendita niña.

No hay duda que el alma de la Virgen fué la mas hermosa alma que Dios crió, ántes que fuese criada el alma de Jesucristo; pudiéndose decir que esta fué la mas excelente obra que salió de las manos del Criador. Dice San Pedro Damiano: "A la hermosura de aquella bella alma correspondia la del cuerpo." Sábese que desde el mismo instante en que aquella purísima alma fué unida á aquel hermosísimo cuerpo, fué tambien santificada, y el cuerpo concibió con sus órganos á todas las funciones de la vida racional. Siendo María concebida sin pecado en el primer instante, recibió con la gracia el perfecto uso de la razon, y desde entónces fué ilustrado su entendimiento con todas las luces de la sabiduría, y enriquecido con la cabal comprension de todas las verdades morales y naturales. Pero ¿cuál fué la medida de aquella gracia que recibió, y cuál el primer empleo de aquella razón tan divinamente ilustrada? Fué tan abundante aquella gracia, dice San Vicenté Ferrer, que excedió á la de todos los Santos y á la de todos los espíritus celestiales. En aquel primer instante en que aun los predestinados son objeto de horror á los ojos de Dios, María lo fué de admiración á las celestes inteligencias, y de complacencia á los cariños del mismo Dios.

Esta fué la Santísima Virgen desde el primer instante de su immaculada Concepcion; y habiéndose multiplicado en todos los instantes aquel inmenso caudal de gracias, de luces, de sabiduría y de virtudes; concibamos, si fuere posible, ¿cuál será el tesoro de merecimientos con que se hallaria enriquecida el día de su nacimiento? ¿Pues qué asunto mas digno de nuestras admiraciones, de nuestros respetos, de nuestros elogios, y añadamos tambien del culto de toda la Iglesia, que el nacimiento de esta Santa niña? Ya no nos debe cansar admiracion que el Angel quince años despues la encuentre y la salute como llena de gracia, ni que los Santos Padres, hablando de la gracia con que se halló en el último momento de su vida, es decir, setenta y dos años y nueve meses despues de su Concepcion y nacimiento, se valgan de expresiones tan significativas como las que refieren sus escritos. Tovo mucha razon San Epifanio para decir que fué inmensa aquella gracia; San Agustín que fué inefable, y Dionisio Cartusiano que fué como infinita: San Juan Crisóstomo llama á María el tesoro de toda la gracia. San Gerónimo dice que toda se derramó en ella, y San Bernardino de Sena se adelanta á

asegurar que recibió toda la que es capaz de recibir una pura criatura.

Nos admiraríamos justamente de que una fiesta tan santa y que tanto nos interesa, no se celebrase en la Iglesia desde sus primeros siglos, si no se supiese la razón que tuvieron aquellos primitivos fieles, sin duda mas devotos de María y mas zelosos de su culto que nosotros, para no dar motivo de creer á los gentiles y á las naciones groseras, criadas por la mayor parte en la idolatría, que los cristianos adoraban como diosa á la Madre de su Dios. Este era el motivo que en aquellos nebulosos tiempos tenian los verdaderos fieles para no manifestar su zelo por el culto de la Santísima Virgen en fiestas ruidosas y solemnes; contentándose con rendirla sus respetos reverentes con una tierna devoción y con un culto reservado. Pero luego que gozó de paz la Iglesia del Señor, y que los pastores pudieron instruir públicamente á su rebaño, floreció en todo el mundo cristiano el culto público y solemne de la Santísima Virgen; celebráronse con pompa y solemnidad sus principales misterios; solemnizáronse sus fiestas con magnificencia; convinieron griegos y latinos en este punto de religion, no obstante el desgraciado cisma; y el nacimiento de la Santísima Virgen fué una de las principales fiestas entre los cristianos. Dice San Bernardo: "La Iglesia es la que me ha enseñado á celebrar la Natividad de la Santísima Virgen con toda la devoción y con toda la solemnidad posible. Creo firmemente con toda la Iglesia, que habiendo sido santificado en el vientre de su Madre, es objeto digno de nuestro culto desde el primer instante que nació."

San Adrian.

Fué San Adrian antes de su conversion uno de los perseguidores de los cristianos, encargado de ello por el emperador Maximiano, y desempeñaba en Nicomedia este tiránico cargo; mas la gracia de Dios, que siendo eficaz, sabe obrar aun sobre los corazones menos dispuestos, obró sobre el de Adriano por medio de la constancia en los tormentos de los mismos que él martirizaba; pues admirando mas y mas cada dia el fervor con que confesaban la fé, y la sublime elevación de su alma en lo mas cruel de sus padecimientos, conoció que un esfuerzo tan sobrenatural no podia venirles sino de una religion toda divina, que tiene en su favor toda la asistencia del verdadero Dios; y no pudiendo resistir á este convencimiento y á la gracia

que interiormente lo solicitaba, se convirtió en fin á la religion cristiana.

Conocida en breve la conversion de Adrian, se le puso en prison con otros veinte y tres cristianos, con cuya compañía se inflamó mas en el amor á Jesucristo y en el deseo del martirio, en que creció aun mas con las exhortaciones de Natalia su muger, la cual siendo ya de antemano cristiana, vino á visitarlo á la cárcel, y habló con él sobre la dicha inapreciable de dar la vida por Jesucristo. Ast es que sacado luego de la prison, estuvo tan constante y animoso en la confesion de la fé, que el juez pronunció desde luego la sentencia de que fuese azotado y atormentado hasta morir. Ejecutóse así, y fueron tantos y tan crueles los azotes, que se le descubrieron las entrañas. Quebrándosele despues á palos las espinillas, y cortándosele las manos y los piés, consumó felizmente el heroico sacrificio de su vida con otros muchos cristianos, y fué á ceñirse en la patria la corona del martirio.

La Epístola es del capítulo XIII del libro de la Sabiduría. (Proverbios.)

El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, antes que criase cosa alguna. Desde la eternidad tengo yo el principado, desde antes de los siglos, primero que fuese hecha la tierra. Todavía no existian los abismos, y yo estaba ya concebida: aun no habian brotado las fuentes de las aguas, no estaba asentada la grandiosa mole de los montes, ni aun habia collados, cuando yo habia ya nacido: aun no habia criado la tierra, ni los rios, ni los ojos del mundo. Cuando extendia él los cielos estaba yo presente; cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ámbito: cuando establecia allá en lo alto las regiones etéreas, y ponía en equilibrio los manantiales de las aguas: cuando circunscribia al mar en sus términos, le imponía ley á las aguas para que no traspasasen sus límites: cuando asentaba los simientos de la tierra; con él estaba yo disponiendo todas las cosas; y eran mis diarios placeres el holgarne continuamente en su presencia, el holgarne en la creacion del universo; siendo todas mis delicias el estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, ó hijos, escuchadme: Bienaventurados los que siguen mis caminos. Oid mi doctrina y sed sabios, y no querais desecharla. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela continuamente á las puertas de mi casa, y está de observacion en los umbrales de ella. Quien me hallare hallará la vida, y alcanzará del Señor la salvacion.

El Evangelio es del capítulo I de San Mateo.

Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró á Isaac, Isaac engendró á Jacob, Jacob engendró á Júdas y á sus hermanos, Júdas engendró de Tamar á Tares y á Zara, Tares engendró á Esron, Esron engendró á Aram, Aram engendró á Animadab, Animadab engendró á Naason, Naason engendró á Salmon, Salmon engendró de Raab á Booz, Booz engendró de Ruth á Obed, Obed engendró á Jesé, Jesé engendró al rey David, el rey David engendró á Salomon de la que fué muger de Urías, Salomon engendró á Roboam, Roboam engendró á Abías, Abías engendró á Asá, Asá engendró á Josafat, Josafat engendró á Joran, Joran engendró á Ozías, Ozías engendró á Joatam, Joatam engendró á Acáz, Acáz engendró á Ezequías, Ezequías engendró á Manases, Manases engendró á Amon, Amon engendró á Josías, Josías engendró á Jeconías y á sus hermanos en la trasmigracion de Babilonia, y despues de la trasmigracion de Babilonia, Jeconías engendró á Salatiel, Salatiel engendró á Zorobabel, Zorobabel engendró á Abiud, Abiud engendró á Eliacim, Eliacim engendró á Azor, Azor engendró á Sadoc, Sadoc engendró á Aquim, Aquim engendró á Eliud, Eliud engendró á Eleazar, Eleazar engendró á Matan, Matan engendró á Jacob, Jacob engendró á José, esposo de Maria, de la cual nació Jesus, por sobrenombre CRISTO.

MEDITACION.

Sobre la Natividad de la Santísima Virgen.

Considera, que hasta saber que nace para ser Madre de Dios esta bienaventurada niña que acaba de nacer, y cuyo nacimiento celebra hoy con tanta solemnidad la Santa Iglesia. No son menester mas razones para comprender el justo motivo de esta fiesta, y para entrar en el espíritu de la Iglesia, solemnizando con toda la devoción, con todo el gozó y con toda la celebridad posible esta santa Natividad. Nace la Santísima Virgen; y lo que distingue este nacimiento, lo que hace bienaventurada á la recién nacida, lo que desde el mismo instante en que vió la luz la constituye digna de nuestros respetos y de nuestro común aborozo, no es la gloria de sus antepasados ni la nobleza de su origen. Estimen en buena hora estas ventajosas circunstancias aquellos que están preocupados de las ideas del mun-

do. Desciende, es verdad, la Virgen Santa de patriarcas y de reyes; pero lo que delante de Dios ensalza su mérito, lo que excita nuestra alegría, nuestra veneracion, nuestra confianza y nuestro amor, no es, ni el esplendor de sus dignidades, ni su grandeza, ni su poder; sino su admirable santidad: santidad que hizo dichosa su concepcion, y hace tambien feliz su nacimiento. Ni tampoco puede nacer de otro principio nuestra dicha. Háganse grandes regocijos en el nacimiento de los grandes; pero á pesar de los aplausos que les tributan los hombres; á pesar de los honores que les rinden desde la misma cuna, como fueron concebidos en pecado, nacen en pecado, hijos de ira, dignos del odio de Dios y expuestos á los mas rigurosos castigos de su justicia. Aunque les tributen los mayores honores y respetos, son incapaces de hacer por sí mismos en mucho tiempo la mas minima gracia á sus cortesanos. Pero la Santísima Virgen, ya cuando nace es objeto de las divinas complacencias, hija muy amada del Altísimo, colmada de sus mas abundantes bendiciones, y enriquecida con todos los dones de su espritu.

Considera que el nacimiento de la Santísima Virgen es uno de los puntos para la meditacion de mayor consuelo que se nos pueden proponer: manantial inagotable de reflexiones á cual mas saludables y provechosas. Ninguna cosa excita mas nuestra confianza, nuestra ternura, nuestra devocion, nuestro respeto á la Madre de Dios, que las prerrogativas de su glorioso nacimiento. Si consideramos á Maria en sí misma desde la propia cuna; su eleccion, sus gracias, sus virtudes, su santidad, sus méritos, su gloria y sus privilegios, todo es objeto de admiracion á los mismos ángeles, todo les arrebatava su veneracion y su amor. ¿Pues qué efecto no deben producir estas consideraciones en el entendimiento y en el corazon de los hombres? Si la consideramos por las correlaciones que tiene con nosotros, ella es nuestra Reina, nuestra Abogada, nuestra Corredentora, nuestra buena Madre y nuestra esperanza como la canta la Iglesia: ella es nuestra Fiadora con Dios, como se explica San Agustín: nuestra Medianera con el soberano Mediador, como la apellida San Bernardo: el remedio de todos nuestros males, como lo publica San Buenaventura: nuestra paz, nuestra alegría y nuestro consuelo, en la lengua y en la pluma de San Efrén; ella en fin es nuestra gloria, nuestra corona y nuestra vida, como la misma Iglesia la llama.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Así es, Virgen Santa, que todo lo tenemos en vos, y que por consiguiente vuestro nacimiento es el anuncio de nuestra felicidad; mas como el logro de los bienes que por vos se derivan á nosotros, requiere vuestra previa disposicion, yo la imploro tambien de vuestra bondad, considerando que no solo la gracia santificante, sino aun la proveniente, nos vienen moralmente por medio de vos, que en vuestro nacimiento dísteis impulso á una empresa que habia de perfeccionarse en el Calvario.

JACULATORIA.

Tu nacimiento ¡oh Virgen gloriosa! colmó de gozo al universo mundo.

LECCION.

¿En qué consiste la vida cristiana?

El autor que citamos ayer prosigue así: "Esta es aquella ley de amor que el Espíritu Santo ha grabado en los corazones de los justos: esta es aquella abnegacion de sí mismos y crucifixion del hombre interior tan recomendada por Jesucristo en el Evangelio: este es su yugo suave y peso leve: esta es aquella perfecta obediencia que el divino Maestro con sus obras y sus ejemplos nos enseña.

"Se aspira no solamente á la santidad, sino á la perfeccion de ella, siendo forzoso para adquirirla en grado sublime, convertir todas las inclinaciones viciosas, sujetar sus sentidos y desarraigar los vicios; lo cual no es posible sin una aplicacion continua, conviene, pues, que con ánimo pronto nos dispongamos á esta batalla; porque la corona no se da sino á los que combaten generosamente." Pero advierte que esta guerra es la mas difícil, por las equivocaciones que en ella pueden padecerse.

Una de esas equivocaciones es concebir una diferencia que no existe, como se supone, entre la perfeccion cristiana y la vida arreglada, entre un Santo de los que veneramos en los altares y lo que se llama un hombre virtuoso. Es verdad que hay diferencia entre uno y otro; pero no la que se supone. Creemos que se puede ir al ciclo siendo medio buenos y medio malos; pero que no es necesario que seamos enteramente buenos. De aquí es que nos figuramos que

podemos servir al mundo y á Dios, y decimos: Ese vencimiento absoluto de las pasiones, ese dolor de los pecados tan continuo, esa penitencia tan rigurosa, ese amor á Dios tan grande, ese amor al prójimo tan sincero, esa castidad tan escrupulosa, están muy buenos para los santos; pero no para nosotros que nos contentamos con el camino carretero. Mas ¿qué es lo que entienden por el camino carretero? ¿Entienden el no dominar del todo sus pasiones, darles de cuando en cuando algun desahogo, evitar á lo mas aquellas culpas feas que nos degradan ante los hombres?

Decimos muy satisfechos: Yo no mato, yo no robo, no soy enamorado, ni maldiciente; á nadie agravio: es verdad que tengo fragilidades como todo hombre; mas á fuerza he de tenerlas, porque no soy ni quiero ser un santo; trato de ir al cielo por el camino corriente. ¿Es posible que llamemos camino de ir al cielo el que nos conduce al infierno? No matas con puñal; pero ¿no es verdad que eres iracundo, soberbio, y te jactas de que nadie te ultraje impunemente? No matas; pero te portas como si fueras una divinidad con tus inferiores; les exiges una dedicacion exclusiva á tu servicio, y por la menor falta los maltratas é injurias.

No robas; es decir, no sales á los caminos armado, no despojas al prójimo con violencia; ¿pero abandonas los comercios ilícitos en que abusas de su necesidad? ¿Restituyes con prontitud lo que debes? ¿Te abstienes de contraer deudas que no puedes pagar? ¿Minoras el lujo de tu casa para no cargarte de ellas? ¿Te abstienes de recomendar á un malvado ó inepto para un destino con perjuicio de hombres aptos, por el interes de una gratificacion? ¿Socorres á tu prójimo cuando le ves sumergido en la miseria? No enamoras, dices; pero es que entiendes por esta palabra, que no mantienes una concubina, que no habitas en las casas de prostitucion; pero en los bailes, en los teatros, no buscas otra cosa que objetos agradables que exciten pensamientos y deseos deshonestos. No eres maldiciente: tu lenguaje es decente; pero ¿no es verdad que con ese lenguaje explikas conceptos impuros, escandalizando inocentes?

Es verdad que hay alguna diferencia (como hemos dicho) entre los santos y nosotros; pero dentro de una misma línea. No hay para el cielo mas que un solo camino. Si queremos salvarnos, hemos de ir precisamente por él. Toda la diferencia consiste en que los santos practicaron las virtudes en grado heroico, y nosotros en lo general no estamos obligados á tanto. Debemos ser castos, aunque

contraigamos matrimonio; debemos mortificar pasiones y hacer penitencia, aunque no vayamos á vivir á los desiertos; debemos ser caritativos, aunque no demos cuanto poseemos; debemos obedecer á nuestros superiores, aunque no sea por un voto; debemos ser humildes; debemos moderar nuestras palabras, aunque no estemos obligados á guardar un rigoroso silencio. En fin, el que está manchado con algun vicio, por mas que éste sea de aquellos que ménos llaman la atencion, debe corregirlo.

De lo expuesto debemos conocer que al cielo no entra nadie que no sea santo, y que debemos serlo aunque no sea en grado heroico, como aquellas personas que han merecido aquel nombre de un modo especial. Pero por ningún motivo creamos que el no ser santo en el sentido particular que usamos esta palabra, es lo mismo que ser algo pecador. Este es un error manifiesto. Jamas entrará en la bienaventuranza el que muera con un solo pecado mortal, aunque haya practicado todas las virtudes en grado heroico. Así es que, cualquiera que peque aunque sea solo de pensamiento, no es santo, ni en la significacion particular de la palabra, ni en lo general, que es lo mismo que comunmente entendemos por un hombre virtuoso. Continuaremos la explicacion por ser asunto tan importante.

DIA NUEVE.

San Gorgonio, mártir.

Este dia celebra la Iglesia nuestra madre el martirio de Gorgonio y de sus dignos compañeros, Doroteo, Pedro y otros domésticos del emperador Diocleciano, cuya historia es como sigue.

El camarero mayor, de este príncipe, llamado Luciano, aprovechándose del influjo y superioridad que tenia sobre sus compañeros, habia sacado á nuestros Santos de las sombras del paganismo. Doroteo le sucedió no ménos en el zelo por la religion cristiana, que en aquel importante oficio; y asociándose con Gorgonio, trabajaron maravillosamente en sostener las conversiones de Luciano y en hacer nuevas: entre sus conquistas se numerá á Pedro, y á algunos añaen á la hija de Diocleciano. Los dos Santos disfrutaban de la mas alta recomendacion para con este emperador, quien los ama-

ba con tanto afecto como á sus propios hijos; de aquí es que depositando en ellos toda su confianza, tenían en el palacio el mas poderoso ascendiente; del que solo se sirvieron para el mejor arreglo de la casa, procurar la salud espiritual á sus dependientes, y hacer respetar á su Señor. Pero lo mas notable en Diocleciano y glorioso para Gorgonio y Doroteo es, que éste los amaba por su religion; confiábalos sus riquezas, su persona y su misma vida en atencion á que eran cristianos; persuadido de que serian mas fieles que los gentiles.

Sin embargo, ni los dos ilustres compañeros, ni los demas cristianos que sirvieron en palacio, parecieron jamas destumbrados con el falso brillo de su grande fortuna. La posesion de todas aquellas ventajas, solo sirvió para descubrirles mas de cerca la vanidad de las grandezas que el siglo puede presentar como mas afectivas, y para impedirles que se aficionasen á ellas. Así es que, mantuvieron su corazón desprendido de todo afecto á los honores y placeres mundanos, como lo manifestaron prefiriendo á ellos la ignominia y los sufrimientos de Jesucristo en la terrible prueba á que fueron expuestos, y á que dió lugar el cambio de las disposiciones de Diocleciano en favor de los cristianos. El César Galerio Maximiano su yerno, autor principal de tal mudanza, lo habia como forzado á publicar el primer edicto de la persecucion, y lo obligó tambien á dar el segundo; mas como estos no producian sus efectos con la prontitud que aquel deseaba, mandó secretamente poner fuego al palacio de Nicomedia, donde á la sazón estaba el emperador y él. Después hizo divulgar que los cristianos, como enemigos públicos del estado, eran los autores del incendio, y que estaban de concierto con los eunucos para hacer que en él pereciesen los emperadores. Diocleciano nada sospechó del artificio sin embargo de su perspicacia y penetracion, pues poseido de la cólera no tuvo la calma necesaria para examinar las circunstancias del suceso, y ateniéndose al rumor que corria acerca de su origen, castigó cruelmente á sus domésticos sin distincion alguna.

Á los quince dias hubo otro incendio en el palacio, de que tambien fué autor Galerio, y entonces trasportado de la ira, mandó el emperador dar muerte á una infinidad de cristianos, de cuyo número fueron los eunucos de su palacio, y aun aquellos mismos que le eran tan amados. Los tormentos que les hizo sufrir fueron largos, crueles y casi inauditos hasta entónces; lo que manifiesta que Dio-

deciano estaba fuera de sí, y que Galerio, sediento de la sangre cristiana, comenzaba á saciarse. Gorgonio y Doroteo despues de haber sufrido con heróica constancia todo lo que quiso que padeciesen, fueron ahorcados. Eusebio no nos describe sus suplicios ni los de los otros emucos, contentándose con hacer una pintura de los de Pedro, para que por ellos se juzgue de la crueldad de los que sufrieron los demas.

Antes que Galerio dejase á Nicomedia, lo que se verificó, luego que incendió el palacio por segunda vez, fué presentado Pedro ante los emperadores, quienes le mandaron que sacrificase. Resistióse á tan grande crimen, é inmediatamente lo desnudaron, y levantado en el aire le dieron tantos azotes, que le desgarraron todo su cuerpo hasta descubrirle en muchas partes los huesos. En seguida frotaron todas sus llagas con sal y vinagre; pero esta operacion tan inhumana y dolorosa ni turbó su fortaleza, ni disminuyó su paciencia. Se dispuso que muriese quemado, y al efecto fué extendido sobre una parrilla; mas el fuego se iba aplicando lentamente para que fuese largo el suplicio, y dar lugar á que el confesor cediese á la violencia. Pero todo esto fué inútil, dice Eusebio, porque el mártir, victorioso del fuego, del dolor y de los tiranos, espiró en aquel espantoso lecho sin haber dado ninguna muestra de la menor debilidad."

Los cuerpos de San Gorgonio, San Doroteo y de otros mártires fueron enterrados honoríficamente; mas á pocos dias mandó Diocleciano desenterrarlos y que los arrojasen al mar, temeroso de que los cristianos los adorasen como á dioses. No se sabe el dia de la muerte de nuestros Santos; pero Adon, Usuardo, Notker y el martirologio romano ponen su fiesta en 9 de Setiembre; su culto lo fijan en Nicomedia, como lugar de su martirio y de su sepultura; mas lo que añaden sobre la traslacion de San Gorgonio, de esta ciudad á Roma tiene algunas dificultades.

La Epístola es del capítulo VII del Apocalipsis de San Juan.

En aquellos dias: Habléme uno de los ancianos, y me preguntó: Esos que están cubiertos de blancas vestiduras, ¿quiénes son y de dónde han venido? Yo le dije: Mi Señor, tú lo sabes. Entonces me dijo: Estos son los que han venido de una tribulacion grande, y lavaron sus vestiduras y las blanquearon en la sangre del Cordero. Por esto están ante el solio de Dios, y le sirven dia y noche en su templo; y aquel que está sentado en el solio habitará en medio de

ellos: ya no tendrán hambre, ni sed, ni descargará sobre ellos el sol; ni el bochorno. Porque el Cordero que está en medio del solio será su pastor, y los llevará á fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos.

El Evangelio es del capítulo V de San Mateo.

En aquel tiempo: Viendo Jesus las turbas, se subió á un monte, donde habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos, y abriendo su boca, los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros, cuando los hombres por mi causa os martiricen y os persigan, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros: alegraos y regocijaos, porque es muy agradable la recompensa que os aguarda en el cielo.

MEDITACION.

Sobre los motivos que nos pueden excitar al amor de Dios.

Considera que debemos amar á Dios, porque nos ha amado primero. Su amor es tan antiguo como su Ser; nos ha amado por toda la eternidad, con un amor de preferencia, habiéndonos escogido entre tantos que se hallan en las tinieblas de la infidelidad. Nos ha amado con un amor desinteresado, sin necesitar de nuestro servicio y no esperando de nosotros ninguna recompensa. Nos ha amado con un amor mas tierno y cariñoso que una madre ó una nodriza, que son los dos ejemplos con que expresa su amor en la divina Escritura: nos ha amado con un amor generoso, venciendo todas las dificultades que se ofrecen en amar á unos ingratos, rebeldes y peccadores; y nos ha amado con un amor infinito, y con el amor con que se ama á sí mismo. Nos quiere dar el Paraíso, que es un bien infinito; y para que le podamos obtener nos ha dado la sangre de su

Hijo, que es de valor y precio infinito. Finalmente, nos ama en general y en particular, estando pronto á morir de nuevo por cada uno, si fuere necesario. Alma mía, ¿quién darás tu corazón sino á quien te ha dado el suyo? ¿A quién le restituirás sino á quien para adquirirle ha satisfecho un precio infinito?

Considera, que debemos amar á Dios porque nos ha hecho semejantes á él, y se ha hecho semejante á nosotros; porque se nos ha unido tan estrechamente, y conviene que le amemos. Todo animal ama á su semejante, ¿por qué no amamos á Dios que nos ha hecho semejantes á él, imprimiendo en nosotros la imagen de su misma divinidad; y se ha hecho semejante á nosotros, vistiéndose de nuestra naturaleza, para hacerse amar de nosotros? ¿No se nos ha unido con todos los vínculos de la afinidad, y con todos los grados del parentesco? ¿No es nuestro Padre, nuestro Hermano y nuestra Cabeza? ¿No estamos animados de su mismo Espíritu? ¿No nos ama como á sus miembros? ¿Cuáles son los miembros que no aman á su cabeza? ¿Qué cosa hay para nosotros mas necesaria y conveniente que este amor? Es nuestro Pastor, nosotros sus ovejas; es nuestro Redentor, nosotros sus esclavos; nuestro Maestro, nosotros sus discípulos; nuestro Rey, nosotros sus vasallos; nuestro Capitan, nosotros sus soldados. Si nosotros estamos ciegos, nos guía; si estamos enfermos, nos sirve de médico; si afligidos, de consolador; si perseguidos, es nuestro defensor. Dios es el mas fiel y el mejor de todos los amigos. ¿Qué conveniencia puede haber mayor que de una cosa con su fin? El amor del fin es de todos los amores el mas robusto, el mas violento, el mas activo, el mas constante, el mas natural y el mas necesario. ¿Tenemos otro fin que Dios? ¿Podemos tener otro? ¿No es cierto que estamos en el mundo para servirle, amarlo y poseerle?

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡O bondad siempre antigua y siempre nueva! ¿Qué tarde he comenzado á conocerte y á amarte! Hermanos míos, decía San Juan, amemos nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero. Así prometó hacerlo... ¡O Señor! conozco claramente que mi corazón está hecho para vos, porque fuera de vos no puede hallar reposo. Desventurada el alma que se aparta de vos, creyendo hallar otra cosa mejor.

TACELATORIA.

Pues amemos á Dios, porque Dios nos amó primero.

LECCION.

Continúan las reglas sobre la vida cristiana.

Muy diversa es la virtud de arreglo á las leyes civiles, de la que es conforme al Evangelio. Aquellas tienen por fin único el bien de la sociedad, ó lo que es lo mismo, al hombre exterior: esta se propone por principal objeto el hombre interior. La notoria preferencia de esta sobre aquella consiste en que el que observe la ley de Dios no solo será provechoso á su misma alma, sino á toda la sociedad á que pertenece. Pues cumpliendo con los preceptos divinos el hombre, á nadie puede dañar, y si ha de ser muy útil al prójimo, que son los objetos á que se dirige la legislación civil; mas esta se contenta únicamente con esa utilidad general, sin meterse en la particular del individuo. De aquí es, que en el cumplimiento de la ley civil puede suceder lo contrario que en el de la de Dios. En esta, aprovechando el hombre para sí, necesariamente cumple con cuantos deberes racionales puedan imponerle las leyes civiles en favor de la sociedad; pero respecto á lo civil, puede suceder muy bien que el hombre sea útil, ó no dañoso á la sociedad, porque cumpla bien con la ley civil; y á pesar de eso, no ser útil, sino positivamente dañoso á su alma, porque no cumpla con la ley de Dios. En una palabra, la ley civil prohíbe la obra exterior y los efectos de las pasiones; pero no prohíbe las pasiones mismas, ni juzga lo que pasa en el corazón del hombre: nada le importa que este sea de un corazón rencoroso y vengativo, ó soberbio y colérico, ó codicioso y de pensamientos torpes; lo que le importa es que no hiera ni mate, que no injurie ni provoque, que no robe, ni cometa raptos, estupros &c. Hé aquí el objeto de la ley civil. A esta no se le puede tachar de que no atienda al interior; ni se puede decir que sea una ley perversa; porque lo primero, que ella no autoriza la perversidad interior del hombre, sino que solo se abstiene de juzgarla; y lo segundo, que todo el objeto de la ley civil es mantener el orden público y exterior, y esto se consigue con solo reprimir los efectos de las pasiones, aunque no se ataque á ellas en sí mismas. Con la observancia de la ley evangélica se consiguen ambas cosas; pues el que reprime sus

pasiones y las domina, es claro que evita sus malos efectos. ¿Qué resulta de lo dicho? Que hay muchas personas que pasan por modelos de virtud en el órden civil, cuando en el moral son un saco de iniquidad.

«Nosotros nos alucinamos con aquella calificación, y confundiendo á la virtud civil con la religiosa, creemos que los cristianos perfectos son los que practican esta, y los imperfectos los que se contentan con aquella; aunque no llenen los deberes religiosos. Repetimos que tales hombres no son cristianos imperfectos, sino cristianos pecadores; y que aunque el mundo despues de su muerte levante monumentos y erija estatuas en honor de sus virtudes efíicas, sus almas estarán ardiendo en los infiernos por no haber practicado la virtud religiosa. Para entrar al cielo es preciso que seámos cristianos perfectos, y lo son aquellos que cumplen exactamente con la ley de Dios. Así es, que de esta expresion *perfectos*, debe entenderse lo mismo que dijimos de la pabra *santos*. En el sentido riguroso de aquella palabra, todos debemos ser perfectos. La palabra imperfecto de que usan los ascéticos por contraposicion á aquella, no quiere decir que en el órden moral se llamen imperfectos los que no cumplen con la ley, de Dios en alguna manera, no: el que quebranta esa ley aun que sea en poco, siempre que la materia sea grave, es pecador, no imperfecto. En lo moral se llaman perfectas aquellas personas que no solamente cumplen con la ley, sino que lo hacen con todo el fervor y escrupulosidad posibles: que no contentas con atacar directamente sus pasiones, lo hacen tambien de un modo indirecto, combatiendo los afectos, apetitos ó movimientos licitos, que temen que de algun modo puedan auxiliar á aquellas. Así por ejemplo, no satisfechas con dominar la concupiscencia, ayudan rigorosamente, y se mortifican para de este modo quitar las fuerzas al cuerpo, y que se haga casi insensible á los impulsos de aquella. No solamente son humildes cuando se presenta la ocasion en que deben serlo, sino que de propósito buscan oportunidades en que se humillan para habituarse á esta virtud, y que cuando les acometa de improviso la soberbia, los encuentre ya tan acostumbrados á humillarse, que les sea como violento ensoberbecerse. Del mismo modo que hemos explicado en los demas ejemplos propuestos, procuran conqueirse esas personas perfectas en la práctica de las demas virtudes.

«Las que llaman los ascéticos imperfectas, no tienen tanto fervor,

ni se conducen con tanta escrupulosidad, mas siempre cumplen con la ley, pues quebrantándola, ya no pueden llamarse virtuosos en ningun sentido. De aquí es que todos estamos obligados á esa perfeccion que consiste en observar exactamente la ley, aunque carezcamos de esa otra perfeccion especial que consiste en el mejor modo posible de observarla, y en la suma escrupulosidad en precaver aun aquello que remotamente nos puede ocasionar su infraccion. Los santos mismos no han respaldado todos con igualdad en todas las virtudes: unos han sobresalido en guardar la castidad, otros en la obediencia, otros en la mortificación: aquellos en el zelo por la salvacion de las almas, estos en el cuidado con los enfermos, y así los demas. Pues así nosotros, aunque no sobresalgamos en alguna ó algunas virtudes, hemos de practicarlas todas; y aunque no nos hagamos singulares en el modo de vencer un vicio, hemos de vencerlos todos. De suerte, que aun cuando no seamos santos debemos de tener, comun con los santos y perfectos la obligacion de practicar las virtudes y evitar el pecado, aunque nos diferencemos en la exactitud, en el esmero, en la vigilancia, en el empeño con que ellos hicieron ambas cosas.

«Bastante hemos explicado lo que quiere decir santos y perfectos, para evitar las equivocaciones que tan en perjuicio nuestro padecemos acerca de la verdadera inteligencia de esas palabras. El hombre ha de buscar su virtud en su interior y no en solo su exterior, dentro de sí y no fuera de sí, en su corazon y no en solas sus acciones; y cuando trate de llamarse á cuentas para averiguar si va por la senda de la virtud ó por el camino de la culpa, no se contente solamente con examinarse si se abstiene de las cosas que nos están prohibidas; es preciso que tambien lo haga acerca del cumplimiento de las que nos están mandadas. No nos basta para cumplir con la ley no robar, por ejemplo, sino que debemos socorrer siempre que podamos á nuestro prójimo constituido en grave necesidad. Así que, hay algunos avaros que se enriquecen por caminos licitos, que á nadie roban nada, que pagan escrupulosamente sus salarios á sus criados y sus deudas á sus acreedores; pero estos mismos, con unos corazones inhumanos, verán perecer en la indigencia familias enteras, ántes que desprenderse liberalmente de una pequeña cantidad de dinero.

«Sin duda habremos formado idea de nuestros deberes positivos con lo que hemos dicho respecto del avaro. Preguntémosnos, pues,

¿Hemos sido caritativos según nuestras proporciones? ¿Hemos dado buen ejemplo á nuestra familia? ¿Hemos cuidado de la conducta de nuestra muger y de nuestros domésticos? ¿Hemos dado una educación cristiana á nuestros hijos? ¿Hemos sido negligentes en el cumplimiento de los deberes de nuestro estado y profesion? ¿Hemos buscado en nuestras acciones, aun las virtuosas, la gloria de Dios? Si respondemos á estas preguntas asegurando y conociendo en las respuestas, que hemos obrado del modo que Dios nos manda, podremos creer que caminamos por la senda de la virtud; pero si encontramos que no ha sido así, ó hemos practicado alguna de las cosas que nos están prohibidas, estamos engañados y no marchamos para el cielo, sino para el infierno; siendo digno de advertir, que para merecer el nombre de virtuosos y que aseguremos nuestra salvacion, es necesario que observemos cuanto se ha dicho que debemos hacer, y omitamos todo lo que nos está prohibido; pues con una sola cosa que hagamos de éstas ó que omitamos de aquellas, somos pecadores, é iremos á parar al infierno, aunque cumplamos perfectamente con todo lo demas. Después que ya hemos formado ideas exactas de la virtud y del pecado, ¿se atreverán todavía á llamarse virtuosos, y creerán que van al cielo por el camino comun y trillado los que tan mal entendian lo que quiere decir santos, perfectos, é imperfectos? Debemos dar gracias á Dios si se ha logrado desalucinarnos.

DIA DIEZ.

San Nicolas Tolentino, confesor.

Campan y Amada, que eran padres de Nicolas, habitaban un pueblo llamado San Angel, cerca de Fermo, ciudad de la Marca de Ancona, por el año de 1239. Eran de mediano nacimiento; pero de mucha virtud, y vivian muy desconsolados porque no habian tenido ningun hijo en su matrimonio, y ya iban perdiendo toda esperanza, porque Amada se acercaba á la vejez. Esta, recogida un dia en oracion, formó el proyecto de hacer una visita al sepulcro de San Nicolas, obispo, para pedirle que le concediera un hijo que sirviera á Dios y supiera imitar sus virtudes. Comunicó esta idea á su marido, y ambos convinieron en hacer una peregrinacion á Bari; don-

de se veneraban las preciosas reliquias del Santo. Allí le hicieron la súplica y volvieron á San Angel, donde á los nueve meses dió á luz un niño á quien le pusieron por nombre Nicolas. Regocijados sus padres con este nacimiento, daban gracias á Dios porque habian oido sus ruegos, y se propusieron ofrecerlo para su servicio. Lo criaron con mucho esmero, y lo educaron en la piedad y la virtud, para que correspondiera en vida al favor que habia hecho Dios en su creacion. Muy poco trabajo aprendieron los padres para conseguir su intento, porque el niño nació inclinado á lo bueno, y tenia un genio dócil y humilde para oír con agrado los consejos paternos, y seguirlos con mucha humildad.

Muy tierno manifestó su espíritu de penitencia, porque desde la edad de siete años ayunaba tres dias en la semana con solo pan y agua; y ya llevaba á su casa los pobres, que encontraba en la calle para partir con ellos su comida y todo lo que le daban sus padres. Era muy devoto de la Purísima Virgen María, y se puso bajo su amparo y proteccion para que lo favoreciera en todos los pasos de su vida. Empezó la carrera de los estudios, y en ella hizo extraordinarios progresos, porque tenia talento claro y mucha aplicacion. Luego que concluyó, le nombraron canónigo de la Santa Iglesia del Salvador de Burgo, de San Angel, y aceptó este beneficio, porque en él se dedicaba al servicio de Dios y se ocupaba en las cosas divinas. Desde pequeño le agradaba mucho concurrir á las iglesias, y con la edad se aumentó esta devocion, en términos que no tenia rato desocupado que no lo empleara en el templo. Oia misa con una modestia edificante; y cuando el sacerdote levantaba la hostia, él se trasportaba de gozo, su semblante se encendia, y pareciera que veia con los ojos del cuerpo al mismo Jesucristo, que solo se percibe con los de la fe.

Advertió que en el destino de canónigo, aunque servia á Dios, no se apartaba enteramente del mundo, que eran todos sus deseos, y le parecia que estaria mejor en un convento. Tenia este proyecto entre manos, y aun estaba indeciso sobre el monasterio que elegiria para vivir, cuando oyó un elocuyente sermón á un religioso ermitaño de San Agustin, sobre el abandono del mundo y la perfeccion de la vida monástica, que fué lo que lo determinó á entrar en el órden Agustin. Luego que bajó del púlpito el misionero, le rogó que lo llevara á presentar con su prelado. No se necesitaba mucha penetracion para conocer que era sincero el deseo de Nicolas, y que su

vocación era cierta, porque en su semblante manifestaba el gozo que rebosaba su alma. Fué al monasterio de Tolentino, donde tomó su nombre, y recibió el hábito cuando apenas tenía diez y ocho años. Todo el tiempo del noviciado pasó bajo la dirección del religioso á quien le había oído el sermón, y este le ayudaba en sus fervorosos ejercicios. Entónces añadió un día de ayuno en la semana á mas de los tres que tenía desde la edad de siete años, y eran tantas sus penitencias y mortificaciones, que excedía á todos los demás religiosos. Se abstenía siempre de tomar carne ó otras cosas de sustancia, y se alimentaba los días que no ayunaba, con yerbas y pan de cebada. Portaba un cilicio que tenía unas puntas de hierro que lo mortificaban demasiado; pero nunca se lo despegaba del cuerpo. En su convento se ejercitaba en los oficios mas humildes y degradantes, y tenía el mayor gusto cuando sufría alguna humillacion extraordinaria. Tanto así supo vencer su carne y sujetarla al espíritu.

Conociendo sus prelados lo útil que sería Nicolas en los demás monasterios de su orden para que todos los religiosos lo imitaran en la perfeccion, resolvieron mandarlo á todos ellos. Estuvo en Reccanati, en Macereta, y cuando fué á Cinogla, lo ordenó de sacerdote el obispo Osimo. Ya que se vió elevado á tan alta dignidad, se aumentó mas su fervor; y cuando celebraba el santo sacrificio de la misa, parecia un querubín segun los trasportes y el fuego que manifestaba en su exterior. Todos los fieles deseaban oír su misa, porque los edificaba y enternecía.

Vivió treinta años en el monasterio de Tolentino, y cada dia recibia su virtud un grado mayor de perfeccion. Su grande zelo por la salvacion de las almas, lo hacia predicar continuamente el Evangelio y confesar á los fieles; y tanto en el púlpito como en el confesionario, los instruía con sabios y saludables consejos. Las muchas penitencias que practicaba lo tenían siempre con la salud quebrantada; y una vez que se agravó, se empeñaron todos los religiosos en que tomara algun alimento de sustancia: él se opuso; pero habiéndole mandado su general con precepto de obediencia, comió un bocado de carne, con lo que obsequió el mandato, y rogó á su prelado no le volviera á instar, porque queria continuar en su abstinencia. El demonio habia tentado varios modos para turbar su tranquilidad, que habian sido inútiles; pero una vez lo afijió con la idea de que sus penitencias no eran efecto de la virtud, sino de cierta vanidad que habia concebido para hacerse notable entre todos los reli-

giosos. Esta tentacion atribuló bastante á Nicolas; pero ocurriendo á la oracion, tranquilizó Dios su espíritu. En otra grave enfermedad que tuvo, tomó unos pedazos de pan que bendijo por mandato de la Santísima Virgen, y habiéndolos comido, quedó sano. De aquí tiene origen la célebre bendicion de los panes, llamados de S. Nicolas, cuyas oraciones están aprobadas por la Iglesia. Agravándose en fin sus enfermedades, y conociendo se acercaba su muerte, recibidos con el mayor fervor los santos sacramentos, espiró tranquilamente el dia 10 de Setiembre de 1309, á los setenta de su edad. Su cuerpo fué sepultado en la capilla donde solia decir misa, y fué elevado de la tierra el año 1446, en que lo canonizó solemnemente el papa Eugenio XIV.

La Epistola de del capítulo IV de la que escribió el Apóstol San Pablo á los corintios (pág. 148).

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo &c.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas (pág. 34).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, &c.

MEDITACION.

Sobre los efectos saludables de la indiferencia para con las criaturas.

Considera, que es una de las ventajas, y al mismo tiempo efecto de la indiferencia, el tener el alma tranquila y preparada para toda suerte de acontecimientos. La resignacion y la indiferencia se distinguen entre sí, en que la indiferencia nos separa de todas las cosas para uniros á Dios, y la resignacion en efecto nos une á Dios en todos los acontecimientos; la resignacion mira á lo presente y á lo pasado, y la indiferencia se previene para lo venidero; la resignacion precisa á la voluntad á someterse á Dios en las cosas contrarias, y la indiferencia evita los lazos en que pudiera hallarse comprendida, y para ello se somete enteramente á las disposiciones divinas; le place todo lo que es conforme á la voluntad de Dios, y fuera de la divina voluntad nada le agrada. Ella abre la puerta, y pone en posesion del corazon á la verdadera y dulce paz, librándolo de las inquietudes y zozobras que las aficiones terrenas causan

en el corazon apasionado ó adherido, á su propia satisfaccion. ¿De dónde nos vienen las inquietudes, sino de estar asidos á nuestros intereses y apegados á nuestra voluntad? ¡Oh! si conociéramos y viviéramos la saludable indiferencia, seríamos semejantes á la elevada cima de alto monte, que ve bajo de sí formarse y deshaerse las tormentas, y disfruta siempre de un aire sereno y diáfano.

Considera que es otro efecto de esta indiferencia el hacer al hombre magnánimo é intrepido para emprenderlo todo; porque separa al alma de la materia, que es el origen de nuestra debilidad, para uniros con Dios, que es el principio de nuestra fortaleza. Quien se aficiona á las criaturas, y se sostiene en las fuerzas humanas, siempre está tímido y vacilante, porque es endeble el cimientó sobre que descansa. ¿Qué cosa hay mas inconstante que el espíritu y la voluntad del hombre? ¿Qué mas frágil que su salud, más débil que su fuerza, más falaz que sus riquezas, más infiel que sus amigos? ¿Qué hombre puede preverlo todo, y asegurar el buen éxito de sus empresas? Así el que estriba en tales fundamentos, vive siempre tímido y lleno de sobresalto. Empero un hombre indiferente emprende y ejecuta sin pavor, cuando tiene prescrito, y firmemente asegurado de que siendo esta la voluntad de Dios bendecirá sus designios ó intenciones, no le inquieta la incertidumbre de los acontecimientos, porque cualquiera que sea su éxito, está siempre contento. Él permanece indiferente á la ganancia, ó á la pérdida, á la estimacion, ó al desprecio, á la salud, ó á la enfermedad, á la vida, ó á la muerte. ¡Oh felicidad verdadera, desconocida al mundo y sus secuaces, y sólo conocida y disfrutada de las almas justas y perfectas!

PETICION Y PROPOSITOS.

Dadme, Dios mio, esta saludable indiferencia con que viva libre de los lazos y de los atractivos de las criaturas, desprendido de mí mismo y solo adherido á vos, único bien que puede llenar la inmensa capacidad que habeis dado á mi espíritu. ¡Oh Señor! contento estaré de perderlo todo, como os posea á vos y me conserveis en vuestra gracia; renuncio á mi juicio y voluntad, y desde ahora me propongo vivir en una indiferencia tan decidida, que no desee mas que conformarme en todo con vuestras disposiciones.

JACULATORIA.

Vos habeis dicho, Dios mio: Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estoy estará mi ministro. Cúmplase en mí tu palabra.

LECCION.

Sobre el trabajo que cuesta vencer las pasiones.

¿Quién rehusará trabajar con gusto despues que ha reflexionado en el bien que le aguarda ó en el mal de que se libra? El primer desengaño que adquirimos en las lecciones acerca de la vida cristiana, fué: “que el ser virtuoso cuesta trabajo.” La segunda: “que este trabajo consiste en la reforma interior del hombre, venciendo sus pasiones, mas que en las prácticas exteriores de devocion.” Tambien asentamos “que esta guerra es la mas difícil.” En efecto, este es el punto de lo dificultad; aquí entra el trabajo continuo, mas molesto que los trabajos corporales. Acostumbrados á formar nuestros juicios por lo que nos manifiestan los sentidos y no por la razon, admiramos solo aquello que se presenta grande á nuestros ojos. Nos sorprendemos al oír que ha habido hombres que han pasado muchos años sobre una columna, y no paramos la atencion en aquel acto que mereció á San Juan Gualberto su justificacion, perdonando á su enemigo al mismo tiempo en que pudo vengarse. Quizá se necesita para esto de una gracia mas eficaz que para aquello. ¿Qué cosa es mas difícil, vencer una pasion ó practicar una gran penitencia? Nosotros no percibimos esta dificultad, porque padecemos dos engaños: el primero, creer que en otros no es difícil vencerse. Al soberbio parece fácil que los demas se le humillen; al murmurador, que otros no lastimen su honra; al ladrón, que otros no le roben; al poderoso, que el pobre sufra con paciencia su miseria; al pobre que el rico se desprenda de sus riquezas para dar limosna; al marido adúltero, que su consorte sea una Lucrecia; á la muger gastadora, que su marido sea económico; y así todas las personas respecto de otras. Las obligaciones de estas, principalmente cuando refuyen en nuestro provecho, nos parecen muy fáciles de cumplir.

¿No es esto lo que pasa en el mundo? A todos parece muy fácil que sus prójimos venzan sus pasiones; mas tocando á las nuestras, entónces es cosa imposible. Digase al soberbio: ¿Qué le cuesta dominar su orgullo y humillarse? ¿No sabe que es un poco de bar-

formaría con mi suerte; pero en el estado infeliz en que me hallo ¿cómo he de conformarme con ella?

Y tú, marido, ¿por qué no observas la castidad que exiges de tu muger? Muger, ¿por qué no ejercitas una poca de paciencia, y observar la economía que exiges de tu marido! ¿Qué pretextos no escucharemos en ambos para figurar imposible el vencimiento de sus pasiones. Esto es lo que observamos diariamente en la sociedad; y así podemos decir: el que los demas venzan sus pasiones lo creemos fácil; pero tenemos por imposible vencer las nuestras. Este convencimiento sirve para manifestarnos, que cuando se dice que cuesta trabajo dominar nuestras inclinaciones, no hemos de referir la verdad de esta proposición á lo que juzgamos respecto de los demas, sino de nosotros mismos. Entónces creemos muy fácil vencer nuestras pasiones en otra situación que no sea la presente. Tal engaño es mas perjudicial que el anterior; pero de él nos harémos cargo en la leccion de mañana.



S. Proto Martir.



S. Jacinto Martir.



S. Maccedonio Martir.



S. Amado Obispo.

DIA ONCE.

Santos Proto y Jacinto, mártires.

Los Santos mártires Proto y Jacinto, ocupan un lugar muy distinguido entre los cristianos que sellaron con su sangre la fé de Jesucristo, durante las persecuciones de los emperadores. Eran hermanos, y la union de sus almas en el espíritu y caridad de Cristo, producía en ellos otra fraternidad mas apreciable á los ojos de Dios. Antes de su conversion estaban ya al servicio de Santa Eugenia, como sus eunucos que eran, y habiendo recibido la fé de Cristo, se bautizaron al mismo tiempo que su señora. Poseídos del amor santo de Dios, y dedicados al estudio de las divinas letras, hicieron en él grandes progresos, no ménos que en el ejercicio de las virtudes, á que se consagraron de todo corazon.

Como Santa Eugenia visitase el Egipto é hiciese en el mansion, nuestros Santos, que deseaban con ansia observar de cerca los ejemplos brillantes de la vida monástica que tanto se cultivaba en aquel pais, le pidieron y obtuvieron licencia para vivir en uno de los monasterios mas acreditados; donde en efecto moraron con tanto aprovechamiento, que los mismos monges admiraban despues sus virtu-

des y los miraban como sus maestros. Mas no era este el campo que Dios en sus eternos decretos les destinaba para pelear como buenos soldados de Cristo por la gloria de su nombre. Ellos habian de asombrar al mundo con su constancia en los tormentos, y edificar á la Iglesia en su capital misma.

En efecto, partiendo Santa Eugenia para Roma, á donde la llamaban asuntos de mucho interes, la siguieron nuestros Santos, y como la profesion de su religion y la observancia de la virtud cristiana se dejaba ver en todo su porte, luego que llegaron á Roma se hizo notoria á muchos, y en breve llegó á noticia del emperador Galieno, que acérrimo perseguidor de los cristianos, ansiaba sacrificar á su furor á cuantos llevasen el glorioso nombre de cristianos. Hizolos por tanto prender y traer á su presencia, y procuró de cuantas maneras pudo seducirlos, empeñándose en que sacrificasen á los idolos, hasta amenazarlos con los tormentos y la muerte misma si lo rehusaban.

No eran Proto y Jacinto de aquellas almas viles que ceden al interes; de las débiles que tiemblan al amago de la muerte; y tenian muy grabado en sus corazones lo que Jesucristo nos dice á todos, á saber, que no debemos temer á los que solo tienen poder para quitar la vida del cuerpo; sino solo á aquel que puede arrojar alma y cuerpo al infierno. Así es, que firmes en la religion del crucificado, respondieron al tirano, que estaban dispuestos á padecer y morir antes que cometer el nefando crimen que les persuadia. Desengañado Galieno con tan animosa respuesta, dió ya rienda suelta á su furor mandando azotar á los Santos hermanos, lo que se ejecutó al momento con una crueldad extraordinaria.

Acaso juzgó el despiadado Galieno que la crueldad de los azotes doblegaría á nuestros Santos; pero viendo que mientras mas padecian mas firmes se mostraban, pronunció contra ellos la sentencia de muerte, que se ejecutó luego, degollándolos al golpe de la segur. Así terminaron su carrera estos gloriosos atletas de la religion, y sus santos cuerpos fueron sepultados en el cementerio de Basila que estaba en la Via Salaria. Sobre el sepulcro de nuestros Santos fabricó una iglesia en su honor un sacerdote llamado Doroteo en tiempo del Santo papa Dámaso, quien fomentó mucho y autorizó su culto, aunque este era ya célebre en Roma por el cuarto siglo, como se ve por un calendario del tiempo del papa Liberio, en que aparece asignada al 11 de Setiembre la fiesta de estos Santos hermanos.

La Epístola es del capítulo V de la que escribió el Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: Justificados por la fé, mantengamos la paz con Dios, mediante nuestro Señor Jesucristo: por el cual asimismo, en virtud de la fé, tenemos cabida en esta gracia, en la cual permanecemos firmes, y nos gloriamos, esperando la gloria de los hijos de Dios. Ni nos gloriamos solamente en esto, sino tambien en las tribulaciones, sabiendo que la tribulacion ejercita la paciencia; la paciencia sirve á la prueba, y la prueba produce la esperanza, esperanza que no burla: porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones, por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado.

El Evangelio es del capítulo XXIV de San Mateo.

En aquel tiempo: Estando Jesus sentado en el monte de los Olivos, se llegaron á él sus discipulos, y le preguntaron en secreto: Dínos, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿Y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo? A lo que Jesus les respondió: Mirad que nadie os engañe. Porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y seducirán á mucha gente. Oiréis asimismo noticias de batallas y rumores de guerras: no hay que turbaros por eso; que si bien han de preceder estas cosas, no es esto el término. Es verdad que se armarán nacion contra nacion, y un reino contra otro reino: y habrá pestes, y hambres, y terremotos en varios lugares; empero todo esto no es mas que el principio de los males. En aquel tiempo sereis entregados para ser puestos en los tormentos, y os darán la muerte, y sereis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Con lo que muchos padecerán entónces escándalo, y se harán traicion unos á otros, y se odiarán reciprocamente. Y aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán á mucha gente. Y por la inundacion de los vicios se resfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin, ese se salvará.

MEDITACION.

Sobre los males del infierno.

Considera lo que en el Deuteronomio se dice contra los condenados: "Acumularé males sobre ellos, y llenaré en ellos mis sactas;"

y al mismo tiempo reflexiona que todos los males de este mundo, por penosos que sean, nunca son puros males, porque siempre tienen alguna mezcla de bien que los endulza; mas en el infierno no es así; allí todos los males son sin el mas leve consuelo; y por eso hablan de Dios de los condenados, dice con gran énfasis: "Amontonaré males." No dice venenos, heridas, quemazones, ni otros de aquellos padecimientos con que solemos ser atormentados en esta vida; porque habria remedios para ellos, ó á lo ménos la muerte, que á todo da fin; mas no le hay en los males del infierno, porque dice Dios: "Yo velaré sobre ellos; mas todo para su mal." Para su mal; porque hará que padezcan el llanto y la amargura; pero sin sentir el alivio que se sigue de llorar. Hará que padezcan la estrechez de la cárcel; mas no tendrán el bien de la soledad. Les atormentarán las tinieblas de la noche; mas no probarán el sueño, ni descanso. Ya, si pudiesen esperar que despues de millones de millones de siglos, tendrían sus males fin; pero ni aun eso logran. Eterno llanto, eterna cárcel, eternas tinieblas, eterno fuego, y sobre todo, eterna desesperacion de no poder ver jamás aquella hermosísima cara de Dios, para quien fueron criados.

Considera que finalmente dice Dios, que en los réprobos vendrá á llenar sus saetas. Por saetas entiendo aquellas maldiciones que fulmina todos los dias contra los pecadores por boca de sus predicadores y profetas, cuando gritando como gritaba Moises: "Pecadores, alerta; que si no mudáis de vida, obediendo á lo que os manda Dios, vendrán todas estas maldiciones sobre vosotros." A saeto se reducen las saetas que notan los santos haber descargado Dios sobre el hombre por el pecado, y son: hambre, sed, frio, calor, cansancio, enfermedad, y muerte. Estas son comunes á cuantos han pecado en Adán, pero en este mundo no son saetas cumplidas: están como sin plumas para volar, ni punta para horir; mas en el infierno, ¡oh!, como estas mismas volarán veloces cargadas de rigor y vigor para penetrar hasta lo mas íntimo! Y por tanto dice Dios, que los condenados son sobre quienes tendrán su lleno. ¡Y que tú, sabiendo que con esa vida que llevas, te encaminas á un lugar de tanto horror, prosigas en pecar, como si no lo creyeras, es lo que mas admira!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Pocos hay que no confiesen la necesidad de hacer penitencia para librarse de caer en el infierno: yo soy entre ellos peor; ¿dónde está

mi penitencia? ¿De qué me servirá este estéril conocimiento sino de aumentar mis deudas? ¿De qué me servirá conocer que soy pecador y que tengo sobre mí las flechas de un Dios enojado, si no paso á penitente? ¡Oh Dios! dame gracia, dame espíritu, dame todo lo que necesito para verme libre del poder de tu brazo; de tu brazo alzado, no del misericordioso, pues en este está mi esperanza para la fortaleza de mis propósitos.

JACULATORIA.

Señor mio Jesus, en tus manos encomiendo mi espíritu; librame, de que abuse de tu sangre derramada por mi.

LECCION.

Continúa la de ayer.

Cuando consideramos lo mucho que nos importa ganar el cielo; cuando reflexionamos en lo pasajero de los males de esta vida, y meditamos en la grande ventaja de la recompensa, siempre que suframos aquellos con el objeto de asegurar nuestra salvacion, nos parecen pocos todos los padecimientos á que se halla sujeta la naturaleza; se avivan nuestros deseos de caminar á la conquista del reino de Dios, desafiarnos á los peligros y obstáculos, todos nos parecen nada, y emprendemos la marcha contando con la victoria. El hablar de desiertos nos lisonjea; los ayunos, las penitencias, nada nos parece molesto, y en nuestra fantasta contamos con haber pasado muchos años en la mas rigurosa mortificación. En fin, llegamos hasta considerarnos en el estrecho de tener que sacrificar la vida al sostenimiento de nuestra creencia y nos ofrecemos gustosos á los mayores tormentos. ¡Esto es lo que obra un entusiasmo!

Hay muchas personas que se alimentan de estas ilusiones, y lo peor es, que embelesadas en ellas desatienden lo principal á que debían atender. No nos pide Dios tanto por ahora: si quisiere llamarnos á los desiertos y claustros, y al martirio mismo, sabrá conducirnos á ellos. Lo que Dios nos pide, es aquello que debe hacer todo hombre para salvarse, y saber dominar nuestras pasiones, sujetándonos á lo que nos ordena la ley santa. Este es el gran sacrificio que exige de nosotros, y con tanta precision, que sin hacer aquellas penitencias, sin desterrarnos de la sociedad, sin terminar nuestra vida en el martirio, podemos entrar al cielo: pero sin vencer nues-

tras pasiones de ninguna suerte. Por lo que, el que quiere de buena fé abrazar la virtud, es indispensable que domine sus malas inclinaciones. No hay que andar indagando, qué haremos para ser virtuosos y ganar el cielo: si ayunaremos á pan y agua: si nos disciplinaremos hasta derramar sangre; si iremos á convertir infieles. Todo eso es muy bueno en su caso; pero lo que á todos obliga, es vencer nuestras pasiones. Sobre esto no hay duda, he aquí el grande trabajo que debemos emprender.

Vimos en la leccion anterior que por un engaño del amor propio, ni el trabajo nos parecia enorme, ni la empresa tan ardua como lo es, cuando consideramos el vencimiento de las pasiones respecto del prójimo; pero nos desengañamos al hacer las aplicaciones á nosotros. Pues aun así hay un segundo engaño, no obstante que consideremos aquel vencimiento respecto de nuestras personas. Acerca de lo que vamos á exponer, apelamos á la experiencia: nuestro objeto es enseñar la moral práctica, y por lo mismo procuramos valernos de aquella para apoyar nuestras doctrinas. Observemos al mundo, y hallaremos que en él, las personas que tratan de consagrarse á la virtud y que parece que contra su voluntad se hallan en la culpa, siempre exigen alguna condicion. De suerte que creen que en el estado en que se hallan les es imposible servir á Dios, y suspiran continuamente por una variacion de estado ó de situacion.

El jóven, el casado, la muger, el iracundo, el rico, el pobre, el enfermo, el abogado, el juez, el militar, todos encuentran muy fácil vencer sus pasiones en una situacion diferente de la que tienen. Lo que en sustancia pretendemos es quitarles aquel motivo que las hace mortificantes. Ya se ve, entónces, ¿qué gracia haciamos? Vencer las pasiones por aquel lado en que no nos hacen guerra, ciertamente que es una cosa fácil: la gracia consiste en dominar nuestras pasiones en circunstancias que no son favorables. Este es el punto de la dificultad. ¿Habrá un hombre tan necio que haga mérito de su humildad, por no haberse exaltado con una persona que le saluda con crianza y cortesía? Ciertamente que no; y se pondria en ridiculo el que se jactara de semejante moderacion. Llamaremos, sí, humilde y moderado al que habiendo sido tratado con poca urbanidad ó con grosería, no se altera con el que se ha portado con él de esa manera. Exclama el iracundo: si yo tuviera que comunicar con personas de educacion, jamas alteraria la voz; pero ¿quién no se ha de irritar cien veces cada hora, teniendo que tratar con litigantes

imprudentes, con operarios ó artesanos groseros? Por mas que uno quiera contener su genio, es imposible no incomodarse. El rico para cohonestar su codicia, se excusa con las circunstancias de los tiempos. ¡Ah! si yo asegurara tales capitales á mi satisfaccion; si pudiera realizar tal proyecto, daria limosna. Como yo llegue á verificar ciertas miras, procuraré confesarme bien, restituir lo ageno, dedicarme exclusivamente al cuidado de mi alma; mas entre tanto enredo no puedo ahorrar tiempo para disponerme á confesar; pero ni aun para oír misa, y las mas veces, ni aun para persignarme. El pobre se espresa así: Yo es preciso que subsista; no tengo un arbitrio seguro para remediar mis necesidades, y así es preciso que engañe, adule, estafe y me haga de dinero por cualquiera camino. El enfermo dice: Cualquiera trabajo puede tolerarse, con tal que no falte la salud; pero, faltando esta, no hay paciencia para conformarse; ademas, si fuera una enfermedad de las que pronto acaba con el enfermo, se podria sufrir; pero meses y meses, años y mas años en un mismo estado, sin alivio alguno, esto sí que es inaguantable. Del mismo modo nos parece que las profesiones nos son inconvenientes. El juez cree imposible administrar justicia, atacado del respeto de los poderosos, del influjo de los amigos. El abogado juzga indispensable el embrollar los negocios. El militar concibe incompatible la profesion de las armas con los deberes religiosos: así sucede respecto de todos los demas estados y profesiones, de suerte que no se escucha una queja mas continua que la de: ¡ojalá Dios me proporcionara otro modo de subsistir diverso del que tengo! ¡Oh! si pluguiese á Dios, que yo saliese del estado en que me hallo establecido para dedicarme enteramente á su santo servicio! ¡No es esta verdad notoria?

Hemos visto en los ejemplos propuestos de un modo práctico, que las pasiones nos siguen en todas las situaciones de la vida. Hemos visto tambien que siempre se nos hace fácil vencer cualesquiera pasiones, ménos las presentes; pero ello es que principalmente hemos de vencer estas, ó renunciar del todo la virtud ó el cielo.